

En la etapa de Saint-Rémy se encuentran todas las obsesiones de Van Gogh. Lo mismo canta a la naturaleza como observa la realidad con intensa objetividad, como se alucina de estados de ánimo, e incluso intenta hacer una metafísica de su lacerante visión. *El patio del hospital de Arles* o *Jardín en flor, con vista de Arles*, muestran un Van Gogh sereno que ya no intenta glorificar a la naturaleza. Es más, una visión interiorizada de un espacio por el que quiere escapar su mirada y que se expresa en un lamento contenido. La cotidianidad se hace pesada y la pincelada tiembla: quiere componer armonizando los detalles y los colores, pero muestran una inquietud de naturaleza muerta. Hay momentos de extremado lirismo como *Matas de lirios* o *Trigal verde con ciprés*. Pero en Saint-Remy, el sufrimiento y la visión atemorizada, angustiada, subjetiva, acceden a terrenos totales: *Dos cipreses*, *Campo de trigo con cipreses*, *Olivar con cielo azul*, *Noche estrellada*, son estados de ánimo puro. Aquí todo se ha interiorizado y la deformación de la mirada del pintor es autocompasiva.

Este camino se cierra en Auvers. Todas sus obras —incluidos los retratos del Dr. Gachet— están contaminadas de su subjetivismo. La realidad ya no es un asidero para Van Gogh. Él deambula por los túneles secretos de su alma e imagina una nueva forma de interpretar la realidad y la pintura: el expresionismo.

Más allá de Daumier y Toulouse-Lautrec, tan hermanos suyos en tantas cosas, Van Gogh descubre que la pintura no es otra cosa que una forma del espíritu en el espacio. *Granjas en Codeville*, *Carretera con ciprés bajo el cielo estrellado* y los retratos del doctor Gachet le sitúan en una dimensión expresionista en la que sólo hay ya casi visión subjetiva. El temor inmanente a la condición humana y el todopoderoso caos del universo se expresan aquí con la misma potencia que tendrá en Munch. *Campo de trigo con cuervos volando* es su testamento. Los espejos se han roto. La realidad ahora ya sólo es pesadilla. En Van Gogh no hay obras maestras. Cada ensayo de él sólo nos concede la gracia de atisbar una realidad que nos conmueve por su sinceridad. Obra en marcha como ninguna, la obra de Van Gogh es un conjunto y los detalles destacan la ascensión a una mirada, entre enloquecida y sabia, que supo descubrir varias realidades, algunas de ellas verdaderamente terribles.

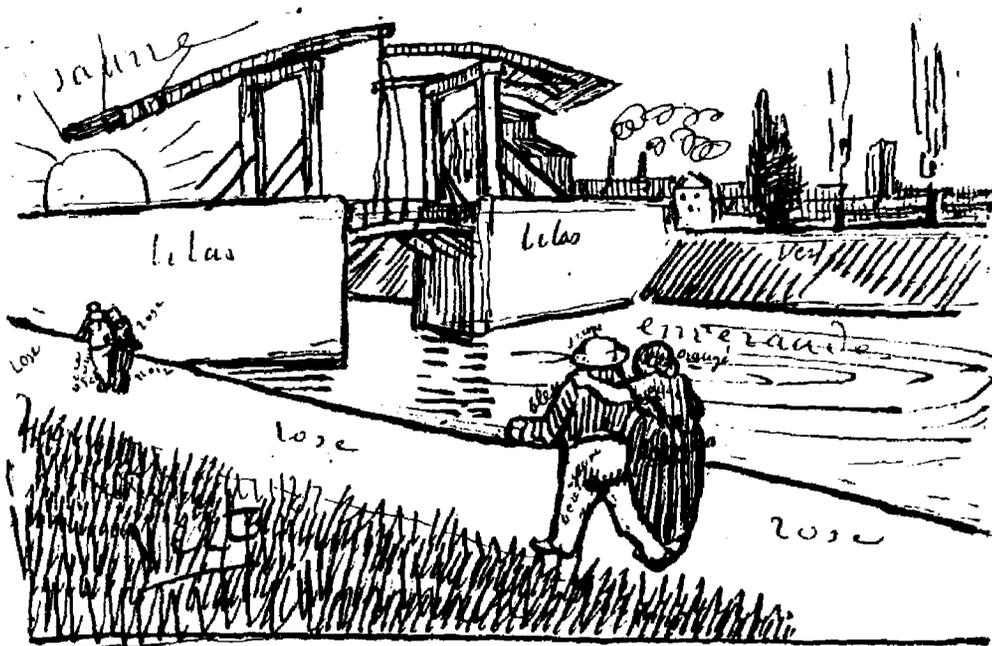
Van Gogh, en el planeta de las formas contemporáneas

Creo que todos tenemos nuestro Van Gogh particular. Pero casi todo el mundo tiene en la mirada este Van Gogh compulsivo de los últimos meses. Sabido es que el expresionismo es una forma no datable en el tiempo. Siempre ha estado y siempre estará. Nos cerca en cualquier momento, cuando la ambición de extralimitarnos y romper nuestra condición nos embarga en un afán romántico de competir con el destino. Mas Van Gogh puede ser escogido entre los primeros que se atrevieron a expresarse en esa dimensión tan subjetiva, para señalar la herida profunda que lo separaba del mundo y de los hombres. Entendió siempre el arte como una forma de existencia y, como su existencia era

desgarrada, buscó una forma de expresión convulsiva. Y la encontró. Pensara lo que pensare, se convirtió en un artista sin el cual es difícil imaginarnos nuestra visión contemporánea del arte y también nuestra visión total del universo y de la condición humana. A través de su forma convulsiva de entender el arte, y a lo largo de su obra en marcha abrió una buena cantidad de puertas. Pero no sólo el encerrado en Saint-Rémy o el que paseaba sus dudas de suicida por Auvers y sus alrededores. Todo él —incluidos su mito y su leyenda— ha insuflado sangre a muchas venas del arte contemporáneo.

Van Gogh es pieza clave en el expresionismo histórico. Es difícil imaginar a Munch, Hodler, Kokoshka, Nolde, Kandinsky, Rouault y un largo etcétera sin tener en cuenta a Van Gogh. Él supo ver en la pintura crítica de Daumier estos elementos existenciales; esta ruptura deformadora, amplificadora o reductora de la forma, la llevó más allá de Toulouse-Lautrec; el simbolismo poético de Gauguin se quedaba en una impostura de la realidad, un tanto decorativa, y él la transformó en escenografía espiritual, en inmanencia de su subjetividad, pero exponiéndola como condición objetiva de la humanidad. Al comprometerse con su pintura hasta la muerte y llegar a poder encantar a sus propios fantasmas, hizo posible el despertar de *Der blaue Reiter* o de *Der Brücke*: como despertó, más allá de Gauguin, el sueño del fauvismo, que es una visión francesa del expresionismo. Fue más allá, insuflando de aire al expresionismo abstracto, agonizando existencialmente al informalismo y a la Action Painting. El arte abstracto le debe una gran parte de su existencia, a través de Kandinsky y también de Dealunay y Villon, aunque éstos recibieron también junto a la suya, la influencia de Gauguin con idéntica fuerza. Además de estas formas existenciales de arte Van Gogh operó también influencia en dos territorios que embargan al arte moderno. El feísmo es uno de ellos. Al condenar los cánones de la belleza, al despreciar el campo de los temas prestigiosos, al romper la significación de los cánones, Van Gogh, en sus retratos de gentes humildes, en sus cuadros de objetos cotidianos y sin relieve, introdujo la posibilidad de hacer arte con cualquier cosa. Y junto a otros compañeros de su generación —sin el exotismo de Gauguin— abrió una puerta para comprender el llamado «arte primitivo». Varias décadas después de él, la Escuela de París pudo decir que todo era arte, y que el dominio de la antropología y de la religión habían dejado de ser significativos para entender al arte de todos los pueblos y todos los tiempos.

En su época —y nos referimos a los años de 1880 a 1895— hay muchos hombres que tratan de seguir las enseñanzas de la última escuela francesa, el impresionismo. Éste seguía siendo una continuidad del Renacimiento y su estructuración del espacio y de la forma. Los neoimpresionistas pretendieron seguir más allá, desarrollar al máximo este rico continente estético. Pero pocos consiguieron traspasarlo. Porque para ello tenían que destruirlo, enterrarlo, acabarlo. Cézanne, Gauguin, Van Gogh —quizás a su pesar— consiguieron hundir el continente renacentista. Rompieron la estructura del espacio, la dimensión específica de la luz y del color, el ordenamiento de la perspectiva, la geometrización paulatina de la pincelada que intentaba recrear el mundo que trajo el Renacimiento. Intuyeron los tres que este orden estético estaba en su ocaso. Y que había que abrir nuevos caminos a otro orden distinto. Vivieron en el planeta Renacimiento pero crearon los motores para el nuevo planeta de las formas contemporáneas. Los impresionistas basaron



Mon cher Bernard, ayant promis de
 t'écrire, je veux commencer par te
 dire que le pays me paraît aussi
 beau que le Japon pour la limpidité
 de l'atmosphère et les effets de couleur
 que les eaux font des tâches d'un
 vert émeraude et d'un riche bleu dans les
 paysages ainsi que nous le voyons
 dans les creux. Des couchers de soleil
 orange pâle faisant paraître bleus les
 terrains. Des soleils jaunes splendides.
 Cependant je n'ai encore guère vu le
 pays dans sa splendeur habituelle d'été.
 Le costume des femmes est joli et le dimanche
 surtout on voit sur le boulevard des
 arrangements de couleur très naïfs et
 bien trouvés. Et cela aussi sans doute
 s'égayera encore en été.

su trabajo en tres tareas: la investigación sobre la luz y sus relaciones con las formas y su representatividad, la investigación sobre el color y su libertad para expresar mayores contenidos que el dibujo y la composición, y la investigación sobre el espacio y la búsqueda de otras dimensiones que las tres del Renacimiento.

En estas tres tareas Van Gogh intervino decisivamente. Pero las tres las lleva al límite, rompiendo de tal manera las formas que, de acuerdo con la expresión de Wittgenstein, acabaron con la posibilidad de la estructura renacentista. Tendrá que venir el siglo XX para organizar un nuevo orden que ya no tendría que ver con el Renacimiento. Ahora tenía que ver con toda la historia del hombre y del arte. Por eso es equívoco hablar de arte moderno. El planeta de formas de nuestro tiempo es un planeta universal, se reconoce en toda forma que exprese al hombre, su angustia existencial, su particular consagración del universo, y nos dice que cuando se expresa a través de la forma está haciendo un acto espiritual, que los fantasmas que lo acosan debe expulsarlos a través de la expresión. Por eso a ese planeta le llamamos, frente a las obsesiones racionalizadoras del Planeta Renacimiento, el omnicomprendido Planeta Contemporáneo.

Van Gogh, con su vida y su obra, viajó de un planeta a otro. Es nuestro contemporáneo y nos grita desde sus cuadros su dolor de hombre, cuando no nos recuerda que en el acto espiritual de pintar hay también a veces una manera de glorificar el mundo.

Miguel Rubio